

REFLEXIONES SOBRE LA MÚSICA EN CHILE

por Sylvia Soubllette Asmussen

Al iniciar mi exposición deseo agradecer a la Academia Chilena de Bellas Artes del Instituto de Chile el honor que me ha conferido de pertenecer a tan distinguida institución. Quiero manifestar, además, mi alegría de participar en ella junto a mis colegas músicos con varios de los cuales he tenido la satisfacción de trabajar en conjunto. Tendré el orgullo de ocupar el lugar que dejó mi amigo Juan Lémann, de quien conservo el mejor recuerdo, no sólo de su talento como músico, sino también de su modo siempre afectuoso y de su gran caballerosidad.

Para aquellos que no lo conocieron me ha parecido adecuado hacer una reseña de su carrera musical. Juan Lémann nació en Francia en 1928, llegando a Chile a la edad de cuatro años. Fue compositor, pianista, Director de Coros, profesor de la Universidad de Chile, miembro de número de la Academia Chilena de Bellas Artes del Instituto de Chile, Presidente de la Asociación Nacional de Compositores de Chile y Vicedecano de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile.

Sus primeros maestros fueron Rosita Renard y René Amengual. Se graduó en 1954 con la máxima calificación, obteniendo los premios "Orrego Carballo" en 1949 y "Rosita Renard" en 1951.

Entre los años 1948-1960 desarrolló su carrera como pianista, actuando en varias ocasiones como solista con la Orquesta Sinfónica de Chile. Por su vasto conocimiento y profundización de los diferentes estilos del repertorio pianístico, quedó consagrado como un destacado ejecutante en la vida musical chilena. Desde 1970 en adelante se dedica a la composición, realizando estudios en el Conservatorio Nacional con Pedro Humberto Allende, Domingo Santa Cruz y finalmente con Gustavo Becerra. En el mismo año obtiene una beca

Fullbright para realizar estudios de Postgrado en Música Contemporánea en la Juilliard School of Music de New York.

Dotado de una gran imaginación, sensibilidad y extraordinarias dotes de improvisación, abordó todos los géneros musicales. Escribió para orquesta, conjuntos de cámara y coro. Como también para ballet, teatro y cine, incluyendo obras pedagógicas y humorísticas. Sus obras han sido ejecutadas en Chile, Estados Unidos y Europa.

Dotado de un temperamento tranquilo y siempre amable, lo conocí muy de cerca en el período en que se desempeñaba como director de coros y componía sus obras corales. Al encontrarme yo también con los mismos intereses, sostuvimos interesantes conversaciones sobre el tema, intercambiando obras que han sido de gran utilidad. Varias de sus composiciones para coro creadas con fines pedagógicos, hemos utilizado en el coro de alumnos del Instituto de Música, bajo mi dirección.

Juan Lémann fallece en 1998, dejando un gran vacío en el mundo musical chileno.

La evolución de la actividad musical de Chile es evidentemente bien conocida por los miembros de esta Academia.

Pero me parece necesario señalar hechos que han sido definitorios en nuestra evolución sobre los cuales debemos reflexionar con franqueza quienes nos dedicamos profesionalmente a la música.

Como sucedió en los demás países de América Latina, nuestra vida musical, fuera de actividades privadas o de hacer música en familia, tuvo como centro de gravedad la ópera, básicamente la ópera italiana. Los bellos teatros de Iquique y Copiapó y de algunas otras ciudades son el testimonio del éxito de las compañías europeas que venían a sembrar la semilla del bel canto en tierras básicamente mineras. El Municipal de Santiago fue el centro social de arte más importante y su más que centenaria vida ha permitido que compositores, directores y

ejecutantes chilenos junto a las elites extranjeras hayan incorporado a Chile a la vida musical internacional.

En la segunda década del siglo XX, con el nacimiento de la Sociedad Orquestal de Chile en 1912 se realizan memorables conciertos ejecutándose las nueve sinfonías de Beethoven.

Pero fue en 1917 cuando la Sociedad Bach emerge abriendo un nuevo camino distinto al operático, congregando a diversas gentes que constituyeron un foco desde el cual la formidable personalidad de Domingo Santa Cruz inició su extraordinaria obra creativa.

En el año 1926 comenzaron los primeros intentos de formación de una orquesta estable. El talentoso y esforzado músico Armando Carvajal crea la primera orquesta sinfónica municipal, la que desgraciadamente fue de muy corta vida, al ser eliminada “por economía”.

En 1928 Armando Carvajal siendo Director del Conservatorio Nacional, forma nuevamente la “Orquesta Sinfónica del Departamento” con la que organiza una Temporada de Conciertos que incluye a los clásicos Wagner, Strauss, Debussy, Ravel, Falla y a los chilenos Allende, Soro, Leng y Bisquert. Lamentablemente la mencionada orquesta corrió la misma suerte de la anterior, siendo suprimida a corto plazo.

Otro paso adelante se da en 1929 con la creación de la Facultad de Bellas Artes que entrega por completo las actividades artísticas a la Universidad de Chile, lo que les daría en el futuro estabilidad y la haría técnica e independiente.

Siguiendo en su empeño Armando Carvajal y Domingo Santa Cruz crean en octubre de 1931 la “Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos”. La creación de esta nueva entidad se facilitó por el hecho de haberse producido la cesantía de muchos músicos de orquesta residente en el país, por el inicio del cine sonoro. Este hecho hizo desaparecer de los biógrafos el acompañamiento musical que exigía el cine mudo.

La Asociación Nacional de Conciertos tenía como misión asociar a ejecutantes y público con el fin de luchar en conjunto por las subvenciones económicas. Las actividades de esta entidad se extendieron por espacio de ocho años, de 1931 a 1938 inclusive. Se ejecutaron en total 234 conciertos: 125 en Santiago, 52 a precios populares y 57 en provincias. Este total de casi 30 conciertos anuales cumplió con el objetivo de crear una necesidad pública de conciertos. Ello hizo posible la dictación de la Ley que creó el Instituto de Extensión Musical.

La Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos se desarrolló como sucede de costumbre en nuestro país, con grandes problemas económicos y a pesar de las subvenciones, esta situación hizo crisis en 1937. Parte de los músicos que constituían la orquesta, es decir, los instrumentos de viento, pertenecían a las bandas del ejército, y se llegó al extremo de que un concierto que estaba programado con la debida anticipación, debió suspenderse por la ausencia de estos instrumentistas que debieron cumplir órdenes superiores. El concierto se transformó en una asamblea, en la que participó el Director Carvajal y el público que se sintió estafado. Este incidente permitió que lo que se venía planeando como solución única que era la de obtener una Ley para normalizar la actividad musical, se impusiera como una necesidad urgente. La idea se cristalizó al obtener que el Congreso despachara una Ley con fondos propios y permanentes para la música. “La Ley en verdad se concretó más que por una comprensión cultural” por parte del Parlamento, por una obstinada insistencia que volvía a la carga una y cien veces más. Es decir, se logró más bien por aburrimento y por zafarse de los “músicos”... esta es la verdad relatada por Domingo Santa Cruz, que fue el verdadero héroe en esta como en otras batallas.

El 27 de junio de 1937 se presentó el Proyecto de Ley que creaba la Orquesta Sinfónica Nacional y se establecía una acción de orden general entregada a la Universidad de Chile, con tres fines:

1. Propender el desarrollo de la cultura musical en todo el país y en todas las clases sociales, por medio de conciertos sinfónicos públicos y transmisiones de radio.
2. Estimular la creación de obras nacionales mediante concursos anuales de composición y difundir su conocimiento en el país y en el extranjero.
3. Contribuir a la eficiencia artística y a la estabilidad económica de los ejecutantes de la orquesta. Pero el proyecto quedó paralizado.

En 1938, como la situación continuara igual, el personal de la orquesta tomó una medida extrema: resolvió no actuar en nada que tuviera que ver directa o indirectamente con el gobierno, negándose a participar en la Temporada Municipal de Opera de septiembre. Paralizar la Opera ¡sonó a escándalo nacional! Hasta el Presidente don Arturo Alessandri se conmovió y varios músicos de la orquesta fueron echados de la banda del ejército. La intervención del Rector Juvenal Hernández, unido a los acuerdos del Consejo Universitario, de la Facultad, del Conservatorio, de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos, de la Asociación Nacional de Compositores, logró por fin que la Comisión de Educación despachara el proyecto de Ley el 17 de septiembre en la última sesión del año. Sin embargo, 1939 vio también paralizado el proyecto de Ley hasta el 2 de agosto. Desacuerdos entre parlamentarios, tanto de la Cámara como del Senado, fueron produciendo numerosos cambios al proyecto que es lo mismo que ha ocurrido recientemente con el proyecto sobre la cultura del gobierno, que demuestra lo difícil que resulta en nuestro país, la lucha por el desarrollo cultural.

Por fin la promulgación oficial de la Ley se hizo el 11 de octubre de 1940 y el Consejo Directivo de la Facultad de Bellas Artes suscribió un acta solemne declarando instituido el Instituto de Extensión Musical y el día 19 se designó a Armando Carvajal, como su Director Artístico. De los nueve miembros del Consejo, seis eran compositores y de ellos

cinco pertenecían a la Asociación Nacional cuyo presidente era Carlos Isamitt.

Domingo Santa Cruz recuerda “Ninguna dificultad nos había sido ahorrada y como ha podido verse, el Instituto de Extensión Musical no lo creó ninguno de nosotros solos, ni dos, ni tres, sino que el esfuerzo de nuestra cultura personificada en mucha gente de todos los medios, de muchas profesiones, de múltiples influencias”. Significó un logro espiritual que la Universidad tiene el deber de conservar, defender y ampliar.

El 7 de enero de 1941 en un concierto-ceremonia en el Teatro Municipal, se inauguró la existencia oficial de la Orquesta Sinfónica de Chile y la actividad de Instituto se inició con una breve temporada veraniega en Viña del Mar. En ese período de guerra en Europa tuvimos el privilegio de contar con músicos extranjeros de gran categoría, que contribuyeron enormemente al desarrollo de la actividad musical del momento. Entre ellos destacamos a Erick Kleiber, Gregor Fitelberg, Albert Wolf y Juan José Castro. Durante ese tiempo se echaron las bases de dos nuevas actividades. Una Escuela de Danza, contratando a tres de los más importantes componentes de Ballet Jooss, Ernst Uthoff, Lola Botka y Rudolph Pescht. Se creó, además, un cuarteto con el violinista Fredy Wang y el violoncelista Adolfo Odnoposoff: ambos traídos especialmente al país.

El período entre los años 40 y 60 ha sido, indudablemente, el más brillante. Se dieron a conocer un importante conjunto de compositores chilenos que recibieron amplia acogida del público y que tuvieron gran influencia entre los estudiantes de composición de la época.

El Teatro Municipal era el gran lugar de encuentro y su anfiteatro y galería se llenaban de juventud.

Si he recordado ese período que viví como estudiante es para señalar que fue seguido por un apagón sorpresivo. La historia me enseñó que en siglos anteriores, lo normal era que al público le interesara escuchar

la música de sus propios compositores. Por diversas razones el interés por la música chilena fue desapareciendo. Ciertamente una causa proviene de la globalización dentro de la cual Chile es uno de los países más abiertos. Las oleadas culturales que recibimos son más fuertes y nuestra identidad cultural no tiene el poder de la de México, Brasil, incluso Venezuela.

El arte se internacionaliza y por ello es impensable hablar de música chilena identificable como tal. Al margen de que la música sea buena o mala, sólo se puede decir que es música creada por chilenos como la pintura de Matta o Enrique Zañartu que no puede identificarse como chilena, aunque sí sus autores lo son. Lo que va a pasar a la historia como chileno es seguramente la música folclórica de Violeta Parra o la popular que transmite un mensaje y tiene connotación histórica como la de Víctor Jara. Podría argumentarse que siempre ha sido así, en el sentido de que la música clásica fue siempre de elite e internacional, pero eso no es tan cierto. Beethoven es perfectamente identificable como alemán, con mayor razón Wagner y Debussy como francés. Hoy día los compositores contemporáneos como Pierre Boulez, Luciano Berio o Luigi Nono no expresan un país.

Hay otro hecho importante de señalar y es que la música contemporánea docta, salvo excepciones, se ha convertido en una música de cenáculo.

No puedo dejar de citar al director y musicólogo Nicolaus Harmoncourt en su libro *Music as speech* "Lo que va a pasar a la historia como la música del siglo XX-XXI será el rock".

Quisiera ser objetiva en lo que veo y observo en Chile. Creo que la creación musical se ha tornado cada vez más técnica, más difícil de ejecutar con los instrumentos tradicionales, y más dirigida a la inteligencia que a la sensibilidad. Más allá de la música dodecafónica individualizada en sus precursores: Schonberg, Alban Berg y Antón Webern, hoy en día es difícil descubrir un estilo bien definido que

individualice a un compositor. El sistema de composición actual es cosmopolita.

Lo que se escribe hoy parece más una búsqueda que no se sabe dónde termina. En contraposición a lo que acabo de expresar y volviendo a los años pasados, la creación musical chilena no era de cenáculo.

Las autoridades musicales del momento, especialmente Domingo Santa Cruz, crearon los concursos anuales de música chilena, en los cuales el público votaba por la mejor obra sinfónica o de cámara. Había tres clases de votos: el voto de los compositores, que era el que daba mayor puntaje, luego venía el de los profesores de música incluyendo críticos, y el del público en general. Esos concursos constituían un tremendo estímulo a la creación musical del momento. Entre 1948 y 1969 se estrenaron 215 obras de compositores chilenos. Las votaciones se realizaban con enorme entusiasmo.

Lo que a mí me parece digno de resaltar y que tiene relación con lo expresado más atrás es el interés que estos concursos despertaban en el público que se sentía representado en la música chilena. En ese tiempo a mí me parecía que la música chilena de esa época podía ser semejante a la que se escribía en cualquier otro lugar del mundo. Sin embargo, más tarde, en que la he vuelto a escuchar, obras de Domingo Santa Cruz, de Alfonso Letelier, de Carlos Isamitt, de Juan Orrego en sus primeras obras o René Amengual, por ejemplo, me parece que hay un carácter, un clima distintivo que podría decirse que es chileno.

Es los años 60 irrumpe en las salas de conciertos como en grabaciones y videos la investigación y la difusión de lo que llamamos la música antigua.

En este año se crea con mi participación, el Conjunto de Música Antigua de la Universidad Católica, que dirigí desde su inicio y que fue el primer conjunto de esta categoría en América Latina. Dicho conjunto realizó con mucho éxito giras de conciertos por América Latina, Estados Unidos y Europa. Al mismo tiempo, se despertó en los países

latinoamericanos un gran interés por la investigación y difusión del Patrimonio Musical Colonial. Tarea a la que contribuyó con tanto éxito Samuel Claro. Recorrí Sudamérica durante varios años, con el doble fin de investigar y dar a conocer ese repertorio. Como sabemos muy bien, este fenómeno ocurrió en Chile porque ya había comenzado con una verdadera efervescencia en los Estados Unidos y en Europa.

Hoy en día, según estadísticas discográficas, las grabaciones de música antigua tienen en los Estados Unidos, casi tanta demanda como la música popular, lo que no deja de ser extraño. Me parece interesante también analizar el porqué de este fenómeno, que no puede ser casual. Pienso que es una reacción contra un cambio histórico de enormes proporciones, que provoca tal vez un desconcierto entre las personas amantes de la música que aún no logran entender o apreciar la creación musical contemporánea y que se cansaron de ejecutar o escuchar siempre los programas tradicionales de música.

Aquí cabe la interrogante que muchos músicos se hacen hoy en día ¿será que se agotó la música, tal como la hemos concebido hasta hoy y que lo que viene ya no será música sino una expresión artística que aún nos es desconocida y que tal vez estará más de acuerdo con viajes interplanetarios y avance tecnológico?

Seamos realistas. En el libro “Desarrollo Humano en Chile” del 2002 publicado por el Programa de Naciones Unidas para el desarrollo, hay algunas estadísticas y un recuento de la actividad artística en Chile.

Hablando de literatura, en el período 1992-2000 la producción editorial en general aumentó en 140% aunque esta evolución no fue constante durante todo el período. En relación con la dinámica propia de la actividad literaria se contabilizan 19 encuentros de escritores y 36 ferias del libro. En la actualidad existen 89 editoriales y 538 librerías en el país.

El sector audiovisual muestra un importante crecimiento entre los años 1990 y 1999. La producción de largometrajes nacionales alcanzó los 37 títulos, más que duplicando las cifras de la década de 1980 de sólo 14 filmes.

Según los pocos datos disponibles, las artes escénicas han tenido en Chile un fuerte impulso en los últimos 10 años. En el 2000 se realizaron festivales de teatro y dramaturgia. Un estudio publicado por el Ministerio de Educación muestra que al comparar los quinquenios 1971-1975 y 1991-1995 la cantidad de obras de teatro presentadas casi se duplicó, variando de 187 a 353. En el año 2000 se contabilizaron 207 obras presentadas en teatros capitalinos.

En materia de plástica, uno de los aspectos que caracterizan su desarrollo en Chile es la generación de un circuito comercial en torno de ellas. En la actualidad se registran 129 galerías de arte, las que cumplen un doble rol: por una parte incentivan la venta de obras de arte y, por otra, fomentan su exposición. Colaboran en la exhibición y difusión de las obras los 278 museos que existen. En términos de matrículas en carreras relacionadas con las artes plásticas, éstas atienden a 1.909 estudiantes y aumentaron en un 30% en el período 1996 al 2000. El Ministerio de Educación registra hoy en día a 1.762 pintores, 368 escultores, 96 dibujantes y 431 grabadores en el país.

El campo de la actividad musical es donde se manifiesta con mayor agudeza la carencia de información, que a pesar de los pocos datos recopilados daremos a conocer.

Lo más relevante es el sostenido descenso en la venta discográfica en los últimos 4 años: del 25% ha bajado al 8%. Se trata de la industria de bienes artísticos más golpeado tanto por el fenómeno de la piratería como por las tecnologías digitales que permiten el acceso gratuito a las producciones musicales disponibles en Internet. El número de obras inscritas en el registro de propiedad intelectual de Chile muestra un notorio descenso. En el período 1988 a 1991 se registraron 2.037

canciones disminuyendo a 1.270 entre 1996 y 1998. Una variación de 37%.

Por otra parte, las carreras relacionadas con la música son las que tienen un incremento más bajo en el volumen de matrículas de educación superior anuales. Entre 1996 y el año 2000 aumentaron en un 20,5% (1.093 en 1996 y 1.317 en 2000) comparado con los crecimientos de 162,3% en danza, 51,5% en teatro, 51,2% en letras, 30,4% en plástica y 164,2% en cine y audiovisual.

Un fenómeno notorio es la incorporación al país en los últimos 10 años de los mega eventos iniciados con el histórico recital de Rod Stewart en el Estadio Nacional en 1989. Como podemos apreciar, las artes musicales se encuentran en el nivel más bajo en relación con las demás artes. Esta decadencia debe hacernos pensar seriamente en que los músicos que nos encargamos de la enseñanza de la difusión artística, no podemos seguir aislados cada uno en su negocio (aunque no haya negocio) y debemos unirnos y hablar con una sola voz, luego de meditar a fondo sobre qué medidas podrían tomarse para revertir esta situación.

Es difícil discernir sobre cuáles serían las verdaderas causas que nos han llevado a la situación descrita. Sin duda, como dije antes, por un lado la globalización y aumento progresivo de los medios de difusión masivo: radio, televisión, internet, mega eventos, festivales de mala categoría y música comercial, a toda hora nos han sobrepasado. Pero lo que considero ha sido determinante es la falta de Educación Musical en la enseñanza básica, la que es casi inexistente en las escuelas hoy en día. Lo que se exige en los planes educativos es algo muy vago.

En una publicación del MINEDUC sobre la Reforma Educacional llamada “Reforma en Marcha”, en el recuadro N° 7 Reorientación de la Formación Común, en el N° 8 Educación Artística dice lo siguiente: De una concepción técnico manual a una de equilibrio entre desarrollo de la capacidad de expresión y de la apreciación del arte.

La Educación Artística tiene dos subsectores: Artes Visuales o Música. En esa publicación son sólo estas pocas líneas las dedicadas a la actividad artística en la escuela.

En el tema de la educación musical y su desarrollo desde los comienzos, no puedo dejar de mencionar el nombre de Cora Bindhoff.

Esa mujer extraordinaria y visionaria dedicó su vida y sus mejores esfuerzos para establecer en Chile la educación musical en las escuelas de manera permanente y definitiva.

En 1946 crea en Santiago un Kindergarten musical en el que realiza exitosas experiencias. En sus palabras “La enseñanza de la música en los niños es quizás uno de los problemas más complejos de la pedagogía y acerca de su solución se han ensayado diversos métodos y sistemas que enfocan aspectos y puntos de vista opuestos. ¿Qué música debe oír el niño? ¿Qué consecuencia para su psicología significará una determinada educación musical? ¿Cómo deben proporcionárseles los primeros conocimientos musicales, áridos y de difícil comprensión, para que el niño pueda captarlos y llegar a sentir cariño por el estudio como si se tratara de una entretenición? Esas palabras reflejan su gran inquietud y nos explican el enorme esfuerzo que ella desplegó investigando y experimentando en este campo a lo largo de su vida.

En 1961 durante la Primera Conferencia Interamericana de Educación Musical efectuada en Puerto Rico, se crea a iniciativa suya el INTEM, Instituto Interamericano de Educación Musical, con sede en Chile. Cora Bindhoff queda señalada como su fundadora y primera Directora.

En 1963 crea la “Rosa de la canción” y coorganiza la Segunda Conferencia Interamericana de Educación Musical (O.E.A.) Facultad de C.C. y A.A. Musicales de la Universidad de Chile.

En 1965 es nombrada Presidenta de la Comisión Técnica de Currículo y Asesora de la Comisión de Rendimiento de los Programas de Educación Musical para la escuela básica chilena.

A pesar de haber sufrido en los comienzos del año 1969 una trombosis cerebral, Cora Bindhoff aprende de nuevo a expresarse y a manejar con fluidez su mano izquierda, inclusive para tocar el piano con ella, ya que había perdido el movimiento de su lado derecho.

La enseñanza de la música era obligatoria. Se consideraba una parte esencial de la formación del niño. Por lo mismo, existían las Escuelas Normales donde la profesión de profesor de música tenía su espacio. Su rol era importante. Lamentablemente las Escuelas Normales se clausuraron en los años sesenta. El daño causado por esta nefasta medida a la enseñanza y a la música en la formación de los niños fue devastador.

Generaciones enteras de niños han crecido sin Educación Musical, sin conocer ni entender este arte que liga la historia de la humanidad de todas las culturas por lo más alto del espíritu del hombre. Por ello he recordado a Cora Bindhoff, como podría recordar a tantos profesores que en la escuela o fuera de ella mantuvieron la creatividad o el ejercicio de este arte en Chile.

En este momento hay un hecho muy positivo que aunque no reemplaza la ausencia de una Educación Musical inteligentemente concebida demuestra que la música está latente como necesidad vital de la sociedad.

Emerge desde las capas más humildes de nuestro pueblo como lo comprueba eclosión de más de cien orquestas infantiles y juveniles que ocupan un lugar muy importante y ciertamente de mucha radiación social.

Esa juventud y sus familias se interesan por la música de calidad. Bajo la lluvia de a lejana Isla del Rey, cerca de Valdivia, hay niños que ejecutan Vivaldi y Bach. Esos niños insisten en la necesidad de la enseñanza de la música y piden más profesores. Creo que acercar a los compositores a este movimiento de Orquestas Juveniles sería muy necesario para sostener una cultura nacional.

La iniciativa de creación de ese movimiento en Chile, como todos sabemos, se debe a Fernando Rosas. Se inició con la formación de la Orquesta Juvenil de Santiago para luego seguir extendiéndose a otras ciudades del país. Esta labor la ha hecho suya la señora Luisa Durán de Lagos, creando un sistema de becas para los niños más destacados y destinando fondos a la compra de instrumentos.

Pienso que debemos sentirnos reconocidos, los músicos, por esta acción de la esposa del Presidente de la República, que no tiene precedente en nuestra historia política.

Mi referencia al comienzo de este trabajo a la historia de la música en Chile, al papel que desempeñó Domingo Santa Cruz y a la incansable lucha sostenida durante años para lograr lo que hoy existe y que ha estado a punto de sucumbir en varios momentos de nuestra historia de los últimos años, debiera hacernos reflexionar sobre la importancia de que instituciones como la Sociedad Nacional de Compositores y de los músicos miembros de esta academia tuvieran mucha mayor injerencia en todo lo que atañe al desarrollo cultural del país. Me parece que no puede dejarse pasar más tiempo sin solicitar al Ministerio de Educación que reponga la educación musical obligatoria en la enseñanza básica. Que vuelvan a instituirse en Chile concursos a nivel nacional de composición y exigir que las obras seleccionadas sean ejecutadas por las orquestas existentes, tanto en Santiago como en provincia.

En fin, necesitamos los músicos estar representados por alguien o por algunas personas que estén dispuestas a batallar por mejorar la situación de la música en el país. Como lo hicieron en otros tiempos los

colegas mencionados más atrás. Por último el debate sobre la situación de la música contemporánea hoy en día me parece de sumo interés. Por lo que propongo una reunión aquí, en el Instituto de Chile, con compositores de distintas generaciones, especialmente de los más jóvenes para conocer su pensamiento sobre el tema.

Para poner fin a estas reflexiones, quisiera referirme a un último tema, que es el de la crítica musical en Chile. Para cualquier actividad que se pretenda desempeñar, se requiere una formación profesional. Sin embargo, esta exigencia no existe para los críticos de música. De los críticos musicales de los diferentes órganos de prensa, sólo conocemos una excepción. Los demás no contribuyeron para nada a la función que se les asigna, causando muchas veces por desconocimiento, grandes decepciones en jóvenes ejecutantes.

Ojalá que estas reflexiones abran un debate sobre estos temas que considero importantes. La globalización está produciendo la necesidad de robustecer la identidad cultural, que permite conciliar el proceso de unidad con la particularidad de cada nación.